

De la locución al agroturismo: un viaje de pasión y transformación



DE LA LOCUCION AL AGROTURISMO

UN VIAJE

DE PASION Y TRANSFORMACION

LA HISTORIA DE UN HOMBRE
QUE DEJÓ ATRÁS SU VIDA
URBANA PARA CONSTRUIR UN
SUEÑO EN LA TIERRA.

De la locución al agroturismo: un viaje de pasión y transformación

Prologo

Siempre he sido una persona inquieta, con un espíritu aventurero y una sed insaciable de nuevas experiencias. Desde pequeño, me fascinaba la idea de explorar el mundo, de descubrir nuevos lugares y culturas, de conectar con la naturaleza y de aprender de la sabiduría ancestral. Mi pasión por la comunicación me llevó a la locución, una profesión que me permitió compartir mi voz con el mundo y conectar con miles de personas a través de las ondas. Sin embargo, a pesar del éxito y la satisfacción que me brindaba mi trabajo, algo dentro de mí me decía que no era suficiente. Anhelaba un cambio, una aventura que me desafiara y me llevara a un nuevo nivel de crecimiento personal.

Fue entonces cuando la idea de construir una finca agroturística en la sabana comenzó a tomar forma en mi mente. La imagen de un espacio donde la naturaleza, la cultura y la tradición se fusionaran en armonía, me cautivaba. Soñaba con crear un lugar donde las personas pudieran escapar del bullicio de la ciudad, reconectarse con la tierra y disfrutar de las experiencias únicas que solo el campo puede ofrecer. Este libro es un relato honesto y personal de mi viaje de la locución al agroturismo. En estas páginas, comparto los motivos que me llevaron a tomar un cambio tan radical en mi vida, los desafíos y obstáculos que enfrenté en el camino, las lecciones que aprendí sobre la agricultura, la sostenibilidad y la vida en el campo, y las satisfacciones y alegrías que me ha brindado este nuevo camino.

De la Locución al Agroturismo no es solo un libro sobre un cambio de vida, sino también una reflexión sobre la importancia de seguir nuestros sueños, conectar con la naturaleza y construir un futuro más sostenible. Espero que mi historia inspire a otros a perseguir sus sueños y a vivir una vida llena de pasión, propósito y significado.

¡Bienvenidos a este viaje!

De la locución al agroturismo: un viaje de pasión y transformación

Epílogo

Al llegar al final de este viaje, me embarga un sentimiento de profunda satisfacción y agradecimiento. He aprendido mucho en este camino, he crecido como persona y he logrado construir un proyecto que me llena de orgullo y alegría.

No ha sido un camino fácil. He enfrentado numerosos desafíos, obstáculos y momentos de incertidumbre. Sin embargo, la pasión que me impulsaba, el apoyo de mi familia y amigos, y la confianza en mis propias capacidades me permitieron superar cada dificultad y seguir adelante.

Hoy en día, en mi finca, los visitantes pueden disfrutar de la belleza natural de la sabana, aprender sobre la agricultura sostenible, participar en actividades culturales y tradiciones ancestrales, o simplemente relajarse y disfrutar de la paz y tranquilidad del campo.

Este proyecto ha transformado mi vida de una manera que nunca imaginé. Me ha permitido conectar con la tierra, con mis raíces y con la sabiduría ancestral. He aprendido a vivir en armonía con la naturaleza, a valorar los pequeños detalles y a disfrutar de las cosas simples de la vida.

De la Locución al Agroturismo ha sido un viaje de pasión, transformación y aprendizaje. Estoy seguro de que este proyecto seguirá creciendo y evolucionando, y espero que siga inspirando a otros a perseguir sus sueños y a construir un futuro más sostenible.

Gracias por acompañarme en este viaje.

¡Hasta pronto!

De la locución al agroturismo: un viaje de pasión y transformación

Transcurrían los últimos días del mes de abril del año 2021 en la ciudad de Arauca, sin que se perfilara la planificación y desarrollo de unos asuntos futuros que tenía pendiente, tanto en la urbe como en el campo. La ciudad se preparaba para afrontar un segundo repunte del covid 19, que amenazaba castigar a la humanidad con una desacelerada curva de contagio de mayor crecimiento, como consecuencia de las aglomeraciones realizadas en la pasada semana santa. Los taxistas protestaban por la desproporcionada competencia ilegal que declararon los mototaxistas por las calles de la ciudad y por el servicio informal que prestaban los carros piratas en las carreteras del Departamento. Los gremios de los distintos renglones que surten la economía regional estaban golpeados por causa del primer año de pandemia, entre ellos el de folcloristas y periodistas de los cuales soy miembro activo. La radio en sus emisiones matutina despachaba informaciones que desencadenaban en el oyente un panorama desalentador. El nivel de desempleo aumentaba de forma vertiginosa, como también el número de personas fallecidas por causa de la pandemia. En mi caso, buscaba la manera de sopesar la dura situación que empañaba mi labor como locutor, productor de radio y contenidos audiovisuales, dado a que las empresas con las que laboraba varias cerraron sus puertas y otras estaban a punto de hacerlo.

Días antes, había recibido la orden de mi progenitora para que habitara los terrenos que me correspondían por herencia a raíz de la muerte de mi padre, quien para la fecha completaba 21 meses de haber partido de este mundo. Mi padre falleció el 25 de julio de 2019, víctima de un infarto fulminante, fecha en la que en Arauca se celebra el día departamental del llanero. -fecha inolvidable para mí. Ese día prestaba mis servicios como animador del evento que todos los años organiza la gobernación de Arauca, en homenaje a todos los llaneros: «día departamental del llanero». La noticia me sorprendió en tarima. Los terrenos están ubicados en la vereda cabuyare, a 40 kilómetros de distancia de la ciudad de Arauca. Allí transcurrió mi infancia feliz y divertida en medio de labores campesinas, junto a mis siete hermanos y que, por fortuna, conserva los mejores recuerdos enmarcados en mi pecho como un laureado pergamino. Meses antes realicé una inspección ocular a los terrenos de aquella herencia, y allí soñé con una finca agroturística, aprovechando el espacio natural de una vegetación virgen y espesa, bajo el entendido que la supervivencia humana está determinada directamente por su relación con el medio ambiente. En el año 2020, el Servicio Nacional de Aprendizaje SENA, me otorgó el título de Tecnólogo en Guianza Turística, formación con la que configuré el plan para diseñar y construir mi finca.

Tenía dos opciones para desarrollar el plan: la primera pagar obreros encargados de realizar el trabajo de tala, corte de madera y demás labores ineludibles para preparar el terreno y establecer una fundación y, mas el caso de un sitio con unas

De la locución al agroturismo: un viaje de pasión y transformación

connotaciones especiales, cuyas demarcaciones específicas difieren de las regionales. La segunda opción, era apartarme de la locución, el periodismo virtual y otras labores digitales, para hacerle frente a los espesos montes que escogí como propiedad el día que junto a sus hermanos repartimos las tierras.

Meses antes de mi partida, había visitado a mi primo hermano y hermano de crianza, Carlos Alcides Ostos, a quien le decíamos “chire” por cariño, uno de los mis compañeros de infancia, y a quien le conté el plan de regresar a la tierra que nos vio nacer y crecer. El validó mi proyecto y me dijo que también sentía deseos de volver, pero por sus condiciones de salud dudaba en regresar al menos de paseo. Mi primo “chire” era víctima de una enfermedad que le destruía sus órganos internos; preocupaba la forma como cada día él mal le restaba fuerzas y lo inmovilizaba. Los médicos nunca dieron un pronóstico exacto de su enfermedad. Sin embargo, ese día río y bromeó con mis chistes; recordamos nuestra infancia campesina por los caminos polvorientos de la vereda en el verano y de las largas travesías de invierno cuando íbamos para la escuela. ¡Vuelvo pronto primo! -fue lo último que le dije. Dos días después no recordó mi visita y por la noche murió.

No fue fácil tomar la decisión. Algunos amigos me tildaron de loco por lo que ya tenía una vida establecida en la ciudad, otros me apoyaron incondicionalmente. Blas David Gamboa, un viejo amigo, fue uno de los que más me animó a seguir adelante. "No tengas miedo", me dijo, "la vida en la sabana te dará la oportunidad de descubrirte a ti mismo y de construir algo nuevo". Blas David, también es de la vereda cabuyare, radicado en una finca de su propiedad en una vereda cerca de la ciudad Bogotá desde hace muchos años, pero en su corazón añora los caminos del viejo vecindario cabuyareño donde quedaron marcadas sus huellas de juventud.

Cerré mis ojos y emprendí el viaje hacia mi nuevo hogar. El 25 de abril de 2021, 6 de la mañana, le pagué a un mototaxista para que me llevara a la vereda, dejando atrás la ciudad y mi pasión por la radio para perseguir un sueño en la sabana. Sentí que el corazón se me partió en dos pedazos: uno se quedaba en la ciudad con las costumbres de las labores cotidianas y el otro viajaba conmigo hacia un rumbo desconocido. Sabía que era una decisión difícil. La Morena Stereo, mi emisora online, que había construido sin conocimiento de configuración de programas y plataformas en línea, cada crecía, pero con mi partida se apagaría por completo. El programa "Trochando por los caminos" que conducía de lunes a viernes, de 12 y 30 del medio día, hasta las 2 de tarde, se había convertido en un

De la locución al agroturismo: un viaje de pasión y transformación

espacio de encuentro para los amantes de la música llanera, la naturaleza y la cultura de mi región. Sin embargo, el llamado de la sabana era necesario, puesto que había heredado una propiedad familiar en una vereda alejada de la civilización. Un lugar donde la señal de internet era un lujo inexistente.

Dejé atrás la ciudad, el ruido y el ajetreo. Llegué a la casa donde nací y crecí, ahora propiedad de mi hermano Carlos, quien la heredó. Me recibió el señor Delgadillo, el encargado del cuidado de la finca. A los pocos minutos llegó Jacinto, el encargado del fundo de mi hermana Vilma, quien me saludó con una risa despectiva, como desaprobando mi llegada. Les mostré mis primeras herramientas de trabajo y algunos utensilios de cocina, pero no les prestaron mucha atención. "Tiene que ponerse las pilas, camarada", me dijo Jacinto.



Ese día comencé a afilar las herramientas y al día siguiente inicié el corte y limpieza de terrenos. Al cabo de media hora, mis manos estaban ampolladas, me sentía fatigado por la falta de aire y con dolor en la columna por la falta de costumbre. Sin embargo, logré talar un buen pedazo de terreno, lo que me animó bastante. Los días siguientes fueron duros. El trabajo manual era agotador y mi

cuerpo no estaba acostumbrado a la exigencia física. Sin embargo, poco a poco fui adaptándome. Volví a manejar las herramientas con mayor destreza y a trabajar de forma más eficiente.

La soledad era uno de los mayores desafíos. La finca estaba ubicada en una zona rural apartada, y las visitas eran escasas. Los primeros días me sentí aislado y extrañaba la compañía de mi familia y amigos, sobre todo mi trabajo en redes sociales. Deseoso de saber quién se había reportado por WhatsApp. Sin embargo, con el tiempo comencé a disfrutar de la soledad. La paz y el silencio del campo me permitieron reflexionar sobre mi vida y mis objetivos. Me di cuenta de que estaba en el lugar correcto, haciendo lo que realmente necesitaba.

De la locución al agroturismo: un viaje de pasión y transformación

A medida que me adentraba en la sabana, una sensación de paz y tranquilidad me invadía. Los primeros días fueron difíciles. La falta de internet me obligó a desconectarme del mundo virtual. Dejé de lado la radio, las redes sociales y mi programa "Trochando por los caminos". Sentía que una parte de mí se había apagado. Sin embargo, poco a poco comencé a



adaptarme a la vida en la sabana. El silencio me permitió escuchar los sonidos de la naturaleza: el canto de los pájaros, el viento entre las hojas, el rumor del agua de caño negro, famoso por la pesca y donde junto a mi padre y mi hermano Freddy Orlando (q.e.p.d), hice pescas inolvidables con los primeros ansuelazos en mi niñez.

Después de treinta y tres años sin acariciarle la cache a un machete, a una pala y un hacha, acostumbrado a las decorosas cabinas de radio y las emisiones matutinas de los programas que conducía con miles de oyentes pendientes del turno y de mi voz, fue difícil aventurarme a un plan incierto donde los fenómenos naturales vierten su rigidez por causa del invierno. El pico y ruido del zancudo, la oscurana que cubre a los montes después de un fuerte aguacero, son el refugio perfecto para que la serpiente venosa se refugie en la espesa capa de hojas secas.



Mi regreso a la vereda no pasó desapercibido. Pocas semanas después, mi figura curtida por el sol, mis encallecidas manos por el trajín del machete y el hacha, se erguían en medio de la verde y espesa vegetación. La noticia corrió como pólvora por los caminos de tierra, sazónada con la sal de la chismografía y

el picante de la incredulidad. Las comadres, bajo la sombra fresca de la cocina con techo de palma, tejían historias con sus agujas y sus palabras.

De la locución al agroturismo: un viaje de pasión y transformación

¿Vieron a Ramón? Dicen que está trabajando como un loco sin rumbo en los montes que eran del papá”, comentaba Eufrosina, la dueña de la tienda y peluquera de la vereda, con un dejo de sorna en su voz.

¡Ay mijá! Y ese que era tan famoso en la radio y en esas redes sociales, replicaba Petra, la costurera, mientras ajustaba el pliegue de un vestido. Dizque se cansó de la fama y la bulla, pero al parecer anda llevado de la ruina y ahora anda por ahí sudando la gota gorda como cualquier cristiano”, remató, con un guiño pícaro en sus ojos.

Entre chanzas y burlas, los hombres en la caballeriza de Olibo también hablaban del asunto:

«Ese Ramón es un pobre loco», sentenció Olibo, el veterano de la vereda, con voz grave y mirada de constante espabilar, penetrante y fría. «Nunca le gustó la tierra ni el sudor, ni el barro. Se fue a la ciudad buscando fama y fortuna, y ahora que le llegó la vejez, vuelve al campo cuando no tiene conque», dijo, con un tono de desprecio en su voz.

«Dice que va a montar una finca agroturística», dijo Jacinto, uno de los vecinos más chismoso de la vereda. ¡Todos soltaron la risa al unísono!

«No sean tan duros con el muchacho», intervino Delgadillo, el carpintero, con un tono conciliador. «A lo mejor se cansó de la vida agitada de la ciudad y busca un poco de paz en el campo. Además, ¿quién no ha querido volver a sus raíces en algún momento?», argumentó, con una mirada comprensiva en su rostro. ¡Lo voy ayudar con cien mil pesos, -dijo.

«Ja, este está más loco que Ramón» dijo José, otro de los presentes en la reunión, al momento que todos reían.

Las opiniones sobre mi regreso eran tan variadas como los colores del arcoíris. Algunos me admiraban por mi valentía al tomar un camino tan diferente, otros lo criticaban por mi aparente inestabilidad a causa de la ruina y, algunos simplemente me observaban con recelo, sin saber qué pensar.

De la locución al agroturismo: un viaje de pasión y transformación

Lo cierto es que fui ajeno a los rumores y las habladurías, y me entregaba de lleno a mi nueva vida. Valide con avidez las artes del campo, dominando la pala, el machete y el hacha con una destreza que sorprendía a propios y extraños. La lluvia caía sin cesar, pero yo no iba a rendirme. En lugar de quemar los restos de la tala como me sugerían, decidí apostar por un camino más verde, acorde a los valores de mi finca. Con mucho cuidado, iba acumulando la hierba cortada. No quería contaminar el aire ni perjudicar el suelo, que ya estaba bastante maltrecho, con un pH muy alto en algunas zonas. Mi objetivo era doble: mejorar la tierra y crear abono orgánico, una novedad en mi fundo. Mientras la lluvia cumplía su función, yo dejaba que la tierra descansara. Sabía que, bajo la superficie, ocurría una magia invisible. Microorganismos se encargaban de descomponer los restos vegetales, liberando nutrientes esenciales para la tierra. Poco a poco, el pH se iría equilibrando, creando el ambiente perfecto para las futuras siembras. Mi decisión de evitar las quemas no solo beneficiaría al medio ambiente, sino que también prometía cosechas más abundantes y sanas. El abono orgánico fortalecería las plantas, haciéndolas más resistentes a las plagas y enfermedades. Con el tiempo estas acciones serán un ejemplo para la comunidad -me dije.

Mi voz, antes habituada a los micrófonos y las entrevistas, ahora se escuchaba entonando cantos campesinos mientras araba la tierra o sembraba las semillas. La vida en la vereda era dura, pero también gratificante. La satisfacción de trabajar la tierra y ver crecer mis propios frutos era incomparable. La paz del campo, el aroma a tierra mojada y el canto de las aves me brindaban una tranquilidad que había perdido hacían muchos años en mi época de infancia y adolescente y que no había encontrado en la ciudad.

Después de extenuantes jornadas de trabajo, en la noche encendía mi portátil y me sumergía en la escritura de los libretos de una radionovela llanera, la cual ya había negociado antes de partir a la sabana. En las mañanas y al mediodía, grababa y editaba lo que había escrito durante la noche. Contaba con buenos equipos de grabación, pues había trasladado micrófonos, bafles y una interfaz digital para asegurar la calidad del audio. Por fortuna también cuento con la facilidad de imitar y crear voces auténticas del llano, un punto a favor para la realización de la obra. De manera que me convertí en el libretista, narrador, grabador y editor, imitador y director de la radionovela. Para los contratistas fue un éxito, ellos la contrataron con una alta cifra de dinero, mientras que para el productor y dueño de la obra la cifra fue irrisoria. Me di por bien servido porque las pocas ganancias me permitieron un respiro económico y cubrir algunos gastos de la construcción y adquirir un medio de transporte.

De la locución al agroturismo: un viaje de pasión y transformación

Los trabajos que realizaba durante el día los grababa con una cámara Nikon D7100 y dos celulares Redmi Note 9 y 10. Tenía claro que ese material sería invaluable para fortalecer mis redes sociales y otros proyectos virtuales, un plan que la vereda desconocía y aún desconoce. Imaginé que mi finca con el tiempo se convertiría en un centro de grabación y producción de audio y videos. "Ese parece un muchacho chiquito, se entretiene grabando pajaritos", decían los moradores de la región, pero yo seguía adelante con mi plan. ¿Cuántos pajaritos ha grabado hoy? Me preguntaban en tono de burla.

Recuerdo que en la finca de mi hermano sacrificaron una cerda para el consumo de carne en la casa. Ese día me hice presente con mis equipos y ubiqué las cámaras para grabar el proceso de elaboración de chicharrones. Ese video alcanzó 12 millones de reproducciones en mi página de Facebook, Revista Cultural Atardecer Llanero, acción que me habilitó la monetización en esa plataforma. Comprendí que no estaba perdiendo el tiempo y que podía convertirme en el community manager de mi propia marca. Empecé a monetizar en Facebook y YouTube, con contenidos originales, creados con la esencia vernácula, producto de mis labores diarias.

Con el paso del tiempo, me fui integrando a la comunidad. Considero que mi don de gente y mi facilidad para la palabra me convirtieron en un personaje querido por algunos. Compartía mis historias de la ciudad con los lugareños, fascinándolos con mis relatos de lugares lejanos y personajes famosos. Sorprendía con mi jocosidad y habilidad para inventar chistes y chanzas, sin apartarme del lenguaje extrovertido y coloquial del llanero, y sin caer en la ofensa y la vulgaridad. A su vez, reforcé y aprendí de la sabiduría ancestral de los campesinos, de sus tradiciones y su profunda conexión con la tierra. Mi regreso a la vereda no solo fue un cambio de vida, sino también un viaje de autodescubrimiento. Encontré en el campo la paz que tanto anhelaba, me reconcilié con mis raíces que me convirtieron en un hombre fuerte ante las adversidades.

De la locución al agroturismo: un viaje de pasión y transformación

A finales del mes de mayo sembré la primera cosecha de maíz, en un sitio que talé a machete y hacha; desde luego no faltaban las burlas y comentarios por los vecinos de la vereda pendientes de mis acciones, pero no me inmutaba por lo que dijeran los demás, por el contrario: más me fortalecía para seguir adelante.



Un manto verde de mazorcas ondulantes se extendía por el terreno que había talado a machete y hacha. El sol de la mañana bañaba las hojas con un brillo dorado, mientras el canto de loros y maracananas, amenazaban acabar con las mazorcas de maíz y con el reflejo de las gotas de rocío que colgaban de la punta de las hojas de la mata. Era mi primera cosecha de maíz, un triunfo que nacía de la tierra y del sudor de mi frente. Un triunfo que desafiaba las burlas y las críticas de los vecinos, quienes no creían posible que un terreno tan agreste pudiera dar fruto y, sobre todo porque me creían incapaz de dominar el hacha y el machete. No me había dejado intimidar por las palabras necias. Mi determinación era tan firme como las raíces del maíz que ahora se aferraban a la tierra. Cada golpe de machete, cada gota de sudor, había sido una apuesta por el futuro, una declaración de fe en mis propias capacidades.

Y ahora, frente a la exuberante evidencia de éxito, me sentía más fuerte que nunca. Mi espíritu se erguía tan alto como las mazorcas más altas, irguiéndose hacia el cielo como un símbolo de tenacidad y capacidad de convertir lo imposible en realidad. Mis manos, curtidas por el trabajo y ásperas por el contacto con la tierra, acariciaban las mazorcas con una ternura inesperada. Respiraba una mezcla de satisfacción y emoción, un reflejo del largo camino recorrido y la recompensa obtenida.

El aroma a maíz fresco impregnaba el aire, mezclándose con el perfume de las flores silvestres que crecían entre las plantas. Era un aroma que evocaba la vida, la abundancia y la esperanza; un aroma que anunciaba un nuevo comienzo para mí, un futuro lleno de posibilidades. La primera cosecha de maíz no solo era un triunfo personal, sino también un símbolo de transformación. Un símbolo del poder de la voluntad humana para superar las dificultades y convertir los sueños en realidad.

De la locución al agroturismo: un viaje de pasión y transformación

Un símbolo que, sin duda, inspiraría a otros a seguir sus propios sueños, a desafiar las expectativas y a luchar por un futuro mejor.



Pero la alegría de mi primera cosecha se vio empañada por el robo de las mejores mazorcas, a raíz de un complot urdido por dos amigos envidiosos de la vereda que habían llegado de tierras lejanas a ejercer el

oficio de encargaduría, cada uno en fundo diferente. Aunque la desolación y la rabia me invadieron, no me rendí y, con renovada convicción, reconstruí la cosecha, aprendiendo que la verdadera riqueza reside en la capacidad de sobreponerse a las adversidades. La experiencia me dejó una cicatriz profunda, pero también una lección invaluable: la bondad siempre triunfa sobre la maldad, y la fuerza de voluntad puede convertir los obstáculos en oportunidades. Mi futuro aún está por escribirse, pero mi espíritu indomable y mi determinación inquebrantable me guiarán hacia un futuro mejor, donde mis sueños podrán florecer a pesar de las sombras de la envidia y la traición.

El robo del maíz no me golpeó tan duro como podría haberlo hecho. En esos días, recibí los primeros pagos de un trabajo pendiente con unos contratistas. Aunque la cantidad no era grande, me permitió aliviar el impacto del robo y, al mismo tiempo, fortalecer mi determinación de seguir adelante con la finca. Los pocos recursos que tenía me dieron la tranquilidad necesaria para evaluar la magnitud del daño y, a la vez, avivaron mi deseo de reconstruir lo perdido. Sabía que el camino no sería fácil, pero estaba dispuesto a enfrentar el desafío. La experiencia me había enseñado una lección valiosa: la adversidad puede ser una oportunidad para crecer y fortalecerse. No iba a permitir que la envidia y la malicia de unos pocos me robaran el sueño de construir un futuro mejor en mi finca. Con renovada energía y un espíritu indomable, me dediqué a trabajar la tierra. Sembré nuevas semillas, implementé nuevas técnicas de cultivo y busqué formas de optimizar la producción. Sabía que el camino sería largo, pero la satisfacción de cosechar los frutos de mi esfuerzo sería invaluable. El robo del maíz fue un capítulo amargo en la historia de mi finca,

De la locución al agroturismo: un viaje de pasión y transformación

pero no me definió ni me venció. Me convirtió en un hombre más fuerte, más resiliente y más determinado a alcanzar mis sueños.

Un año después del robo del maíz, comencé a construir la primera casa en la parte baja de los terrenos. Mi idea era destinar la parte alta para los cultivos productivos de la finca. La zona baja era pequeña y con algunas carretadas de relleno podía nivelarla. Además, no estaba dispuesto a sacrificar un terreno alto, ideal para los cultivos, para construir una casa bonita y complacer a mis familiares y amigos. ¡Mandan cascara! -Dije.



Esta decisión no fue bien recibida por algunos. Los comentarios despectivos circulaban por los caminos de la vereda. Se burlaban de mi elección de materiales para las paredes de las habitaciones: guadua, paja y barro. Imaginaban que yo construiría algo mejor, algo que les impresionara. Sin embargo, yo no estaba construyendo para impresionar a nadie. Yo estaba construyendo un hogar, un espacio que reflejara mi esencia y mis valores. La guadua, la paja y el barro eran materiales naturales, sostenibles y económicos. Además, me encantaba la estética natural que brindaría a la casa. La construcción avanzaba poco a poco, pero con paso firme. Cada pella o pellón de barro que le colocaban al encañizado de guadua, era una expresión de mi determinación y mi compromiso con mi sueño. No importaba lo que opinaran los demás. Yo estaba construyendo mi futuro, a mi manera.

De la locución al agroturismo: un viaje de pasión y transformación

Sabía que la casa no quedaría lujosa, pero si acogedora y funcional. Sería un espacio donde me sentiría libre y en paz. Desde luego, la satisfacción de verla construida con mis propios esfuerzos, sería algo indescriptible. La construcción de la casa fue un proceso de aprendizaje y crecimiento. Allí junto al maestro Darío y su hijo, encargados de levantar paredes, aprendí sobre técnicas de construcción natural, sobre la importancia de la paciencia y la perseverancia. Ya había vivido una experiencia similar junto a los hermanos Libo y José, quienes se encargaron de la selección, corte de madera y levantar el techo sin paredes, en medio de una sabiduría única que les otorgo la madre naturaleza, puesto que ellos aprendieron solos a construir casas con materiales de la región.



La casa no solo era un hogar, sino también un símbolo de mi independencia y mi rebeldía era una demostración de que no estaba dispuesto a seguir las expectativas de los demás. Yo estaba construyendo mi propio camino, un camino que me llevaría a la felicidad y la realización personal. La casa de guadua, paja y barro no era lo que muchos esperaban, pero era exactamente lo que yo necesitaba para apalancarme en el ejercicio del agroturismo, algo novedoso para el turista puesto que ese material poco se usa en la actualidad y tenía la convicción y certeza que arrojaría unos resultados sorprendentes.

Un día, regresé de un viaje a la ciudad de Arauca y me encontré con una escena desoladora: el ganado de mi vecino, que solo estaba separado por una empalizada de alambre, había irrumpido en mis predios y devorado casi la totalidad de la cosecha.

Mi esfuerzo, mi dedicación, mis sueños, se habían convertido en un festín para el ganado. No solo eso, me invadió la sospecha al no encontrar rastros de cómo el

De la locución al agroturismo: un viaje de pasión y transformación

ganado había logrado entrar. La empalizada no estaba rota, no había ningún indicio de que se hubiera forzado la entrada. Parecía una acción premeditada, una crueldad humana. La impotencia y la rabia me invadieron. Sentí que todo mi trabajo se había esfumado en un instante. Con esfuerzo regaba a diario las distintas cosechas para que el verano no las acabara. El agua la extraía de un jagüey o aljibe que había yo construido con barretón y pala. Sin embargo, no me dejé vencer por la tristeza. Respiré y me dije: "No me rendiré, volveré a empezar".



Esa experiencia me enseñó una dura lección: la vida no siempre es fácil. Habrá obstáculos, dificultades y momentos de dolor. Pero también me enseñó que la fuerza de voluntad y la determinación pueden superar cualquier adversidad. Con renovada energía, me dispuse a reconstruir mi proyecto. Reparé la empalizada, reforcé la seguridad y comencé a replantar los cultivos. Esta vez, lo haría con más cuidado, con más sabiduría. La destrucción de la cosecha fue un capítulo amargo, pero no el final de la historia. Era solo una prueba de mi capacidad para enfrentar las dificultades y salir adelante. El futuro aún estaba por escribirse, y yo estaba decidido a convertirlo en un futuro de éxito y satisfacción. La experiencia me dejó una cicatriz, pero también una lección invaluable: la verdadera riqueza no está en las posesiones materiales, sino en la capacidad de sobreponerse a las adversidades y seguir adelante con los sueños.

La situación se volvió intolerable. Cada vez que salía a la ciudad de Arauca, el ganado de mi vecino irrumpía en mis predios, devastando mis cultivos con una precisión cruel. La impotencia, la tristeza y el dolor se convirtieron en mis compañeros inseparables. Un día, harto de la situación, decidí enfrentar al

De la locución al agroturismo: un viaje de pasión y transformación

responsable. Hablé con el encargado y con el dueño del ganado, expresándoles mi profunda desilusión y frustración. Les advertí que no estaba dispuesto a soportar más la pérdida de mis cosechas, producto de su negligencia o, peor aún, de su malicia. Resalté la extraña coincidencia: el ganado solo irrumpía en mi propiedad cuando yo no estaba presente. Cuando permanecía en la casa, no se atrevían a entrar. Además, mientras sus propios cultivos y alambres destemplados permanecían intactos, los míos sufrían constantes invasiones. Su argumento de que las reses saltaban y rompían las cuerdas superiores era inconsistente. Lo lógico era que las reses metieran la cabeza por las cuerdas intermedias, forjaran hasta partir las cuerdas y dejaran pelos en el alambrado. Sin embargo, nunca se encontraron rastros de su intrusión.

Para colmo de males, descubrí que el alambre había sido cortado con un cortafrío. Intentaron disimular su crimen culpando al ganado, pero las pruebas eran irrefutables. Al verse descubiertos, las acciones del vecino cesaron. Sin embargo, las escaramuzas continuaron: cuerdas levantadas, palos sin grapas, pequeños sabotajes que buscaban vulnerar mi seguridad y permitir el acceso del ganado. Esta experiencia me dejó una profunda cicatriz. No solo por la pérdida material, sino por la crueldad y la desconfianza que envenenaron la relación con mi vecino. A pesar de todo, no me dejé vencer por el rencor. Seguí adelante, trabajando con más ahínco para proteger mis cultivos y construir un futuro mejor.

Con el tiempo, desvelé el plan que se escondía detrás de las constantes invasiones del ganado: desanimarme, hacerme desistir del proyecto de agroturismo y obligarme a vender los predios a bajo precio. Su objetivo era claro: aprovechar mi desilusión y adquirir las tierras por un valor irrisorio para ellos, pero beneficioso para su avaricia. Un día, el encargado se acercó a mi casa con la pregunta que yo ya sospechaba: ¿vendía? Su interés en comprar no era nuevo, pero esta vez su cinismo era evidente. Me preguntó cuánto pedía por hectárea. Sin dudar, le respondí: cincuenta millones de pesos. Sabía que la cifra lo sorprendería. El precio normal de una hectárea en la zona es de tres millones de pesos, pero mi respuesta no era solo una cuestión de dinero. Era una declaración de principios, una defensa de mi sueño y un mensaje claro: no quiero vender.

Su reacción fue la esperada: una risa burlona y el comentario de que nadie pagaría tal cantidad por mis terrenos. Le confirmé que no estaba vendiendo, pero que, si alguien llegaba a ofrecer ese precio, con gusto lo consideraría. En ese momento, la batalla dejó de ser solo por la tierra. Se convirtió en una lucha por la dignidad, por la defensa de mis sueños y por demostrar que la bondad y la determinación pueden vencer a la avaricia y la malicia. El camino aún es largo, pero estoy seguro de que

De la locución al agroturismo: un viaje de pasión y transformación

la victoria final será mía. No solo porque tengo la fuerza de mis convicciones, sino porque el proyecto de agroturismo va más allá de una simple inversión. Es un proyecto de vida, un sueño que no se doblega ante la adversidad. Las tierras seguirán siendo mi hogar, mi espacio para construir un futuro mejor, un futuro donde la bondad, la sostenibilidad y la belleza del campo florezcan a pesar de las sombras de la envidia y la codicia.

Descubrí que en mis predios existe el jagüey o aljibe hecho a barretón y pala, de la señora Petra Cedeño, madre de Humberto Cedeño, a quien por apodo le decían "charro negro", el ganadero más renombrado de la región para aquel entonces. Con la ayuda de mi madre y de los vecinos, pude reconstruir la historia del emblemático jagüey de Petra Cedeño. Es de inmensas dimensiones, tanto de ancho como de profundo. Concluyeron los vecinos que el jagüey tiene más de 110 años de antigüedad y que desde allí Petra extraía el agua para cocinar, lavar y para los animales. Sin dudas, es un elemento atractivo para el turismo en mi finca, puesto que de él se desprende una interesante historia.

La historia del jagüey de Petra Cedeño no solo es una muestra del ingenio y la laboriosidad de las generaciones pasadas, sino también un testimonio vivo de la importancia del agua en la vida cotidiana de las comunidades rurales. En una época en la que los recursos eran escasos y la tecnología limitada, la construcción de un jagüey como este requería un esfuerzo conjunto y un conocimiento profundo del entorno. A lo largo de los años, el jagüey ha sido testigo de innumerables momentos de la vida cotidiana, desde las labores agrícolas hasta las celebraciones familiares. Su presencia en la finca no solo proporciona un recurso vital para el sustento diario, sino que también representa un vínculo tangible con el pasado y una oportunidad para aprender de las tradiciones y el trabajo arduo de quienes vinieron antes que nosotros.

En la actualidad, el jagüey de Petra Cedeño se constituye como un símbolo de resiliencia y comunidad, atrayendo a turistas y visitantes interesados en descubrir la riqueza histórica y cultural de la región. Su conservación y promoción son fundamentales para mantener viva la memoria de aquellos que lo construyeron y para valorar el legado que nos dejaron para las generaciones futuras. Este elemento se convirtió en una pieza atractiva para enriquecer los guiones de mi finca.

En la quietud de la noche, bajo la luz tenue de la luna y el rugido de las tormentas, me encontraba meditando sobre mi camino. Me había alejado de la ciudad, del ritmo frenético y la seguridad de mi trabajo como locutor, para embarcarme en un

De la locución al agroturismo: un viaje de pasión y transformación

proyecto ambicioso: una finca agroturística en medio del campo. Las dificultades no habían faltado: la falta de señal telefónica, la constante lucha contra la maleza, los aguaceros torrenciales que convertían los caminos en ríos y los rayos que rasgaban la oscuridad del cielo.

Allí adquirí el hábito de leer la Biblia con más fervor que nunca, pues en ella encuentro la calma que serena mi tormenta interior, el refugio que me acoge en la noche más oscura y la medicina que sana las heridas de mi alma. La Biblia es un oasis en el desierto de la vida, una luz que ilumina mi camino y una fuente de agua viva que sacia mi sed de paz y de verdad ¡Alabado sea Dios por siempre!

Recordaba el día en que llegué por primera vez a la finca; un terreno virgen lleno de posibilidades, pero también de desafíos. La maleza era tan alta que apenas podía ver el camino. Los mosquitos y las hormigas me atacaban sin piedad y, sin embargo, la emoción que sentía era indescriptible. Era la emoción de empezar algo nuevo, de construir un sueño con mis propios esfuerzos. Había pasado meses trabajando sin descanso, talando árboles, limpiando el terreno, construyendo la casa, sembrando las primeras semillas. El trabajo era duro, pero la satisfacción era enorme. Cada día que pasaba, el sueño se convertía un poco más en realidad.

Las dificultades no me habían detenido. Ni la falta de recursos, ni la soledad, ni el clima hostil. Cada obstáculo superado me fortalecía y me daba más determinación para seguir adelante. En la oscuridad de la noche, me reafirmaba en mi compromiso. No podía echar el plan en saco roto. Había luchado demasiado para rendirme ahora. La finca agroturística era mi sueño, y estaba dispuesto a darlo todo para hacerlo realidad. Sabía que el camino aún era largo y que las dificultades no terminarían, pero también sabía que tenía la ayuda de Dios que daba fuerza y la determinación para superarlas. Sin su santa voluntad, nada es posible. Este proyecto no era solo un negocio, era una forma de vida, una forma de contribuir al mundo, de dejar un legado; era más que un proyecto, una lucha por la vida, por un futuro mejor, por un mundo más verde y más sostenible. Un mundo donde la bondad, la pasión y la determinación pueden vencer cualquier obstáculo.

El trabajo fue duro al comienzo, la soledad era palpable y las dificultades no faltaron. Perdí clientes, mis amigos se alejaron y mi voz se fue apagando en la radio. Pertenezco a una Iglesia Cristiana y algunos miembros de la congregación llegaron a decir que Dios me había castigado porque me había mandado para la sabana trabajar con pala, machete y hacha ¡Dios tenga piedad de esas almas! Pero no me rendí. El proyecto me apasionaba y la esperanza me impulsaba a seguir adelante.

De la locución al agroturismo: un viaje de pasión y transformación

Compré una moto para facilitar el transporte y poco a poco fui adaptándome a la vida rural. Una joven de 19 años me brindó apoyo y consejos sabios. Su entusiasmo era contagioso y su visión me inspiraba. Sin embargo, con el tiempo, se fue alejando. Tal vez la distancia, las dificultades o el cambio en su vida la llevaron a tomar otro camino. Ya no es mi apoyo y concejera. Me quedé solo, sin amigos, sin clientes, sin la voz que me daba la radio, pero no me abandoné. Seguí trabajando en la finca, sembrando sueños, cosechando esperanzas y buscando alternativas de ventas de productos, tanto físicos como virtuales.

--Dos años después, emprendí mis primeros viajes con los primeros sacos de yuca para la venta. Era fruto de mi cosecha, de mis terrenos y del esfuerzo dedicado durante meses. Pero las dificultades se hicieron presentes; el fuerte invierno y la falta de vías para acceder a la ciudad me desafiaban. Si bien el acceso era fácil en verano, el invierno invertía los papeles dado a que las vías terciarias, un eterno problema en el campo araucano, se tornaban intransitables. Sin embargo, haciendo malabares en el camino lograba llegar a la ciudad con mi carga de yuca.

Tras meses de arduo trabajo, bajo el sol y la lluvia, el campesino cosecha su yuca. La esperanza de un futuro mejor se materializa en esos sacos que, con esfuerzo, transporta a la ciudad. Sin embargo, una sombra se cierne sobre su sueño: los intermediarios. Los intermediarios controlan la cadena de distribución. Son ellos quienes fijan los precios, determinando el valor del trabajo del campesino y, este precio, en la mayoría de los casos, es irrisorio.

Un ejemplo: por un kilo de yuca que el consumidor final compra en \$2.000, el campesino recibe apenas \$500. Las ganancias se evaporan en las manos de los intermediarios, quienes se enriquecen a costa del esfuerzo ajeno.

La experiencia con los intermediarios fue un punto de inflexión. La irrisoria remuneración que ofrecían por mi yuca, fruto de meses de esfuerzo, me impulsó a buscar alternativas. Mi agenda de WhatsApp se convirtió en mi nueva herramienta de trabajo. Contacté a mis conocidos, ofreciendo productos frescos y de calidad directamente de la finca. La respuesta fue positiva. El boca a boca y la satisfacción de mis clientes consolidaron mi emprendimiento.

No solo yo me beneficié. Comencé a comercializar los productos de mis vecinos, permitiéndoles obtener mejores ganancias sin salir de sus fundos. Se generó una red de colaboración y apoyo mutuo, rompiendo el círculo vicioso de la explotación.

De la locución al agroturismo: un viaje de pasión y transformación

No fue fácil. Algunos vecinos, por pena, preferían perder sus cosechas antes de sacarla al pueblo, oportunidad que aproveche para mover productos agrícolas a la ciudad. Eso es trabajar con los productos de los demás. La perseverancia y el compromiso con la comunidad fueron claves para superar estos obstáculos.

Hoy, mi emprendimiento sigue creciendo. He ampliado mi red de contactos y diversificado mi oferta de productos. Más que un negocio, es una iniciativa que busca dignificar el trabajo del campesino y construir un campo más justo y próspero.

La era cibernética, aunque no ha penetrado en mi comunidad, abre un universo de posibilidades para mi finca. Las redes sociales, las páginas web y el marketing digital son herramientas invaluable para conectar con clientes potenciales, mostrar mis productos y servicios al mundo y hacer crecer mi negocio. Es cierto que muchos en mi comunidad no están familiarizados con estas herramientas. Sin embargo, este desconocimiento también representa una gran oportunidad. Al convertirme en un pionero del marketing digital en mi región, aprovecharé una audiencia ávida de nuevas opciones y experiencias.

En agosto de 2023, tomé la decisión de realizar un Máster en Marketing Digital en Neetwork Academy de España, un paso crucial en la dirección correcta. Este conocimiento me ha permitido desarrollar habilidades y estrategias necesarias para navegar el mundo digital con éxito. Mi página web www.pixcelpalacestore.com, activa, ya es un gran comienzo. Además de mostrar mi finca y sus servicios, puedo utilizarla para crear un blog con contenido atractivo, ofrecer cursos digitales de mi autoría y generar una comunidad en torno a mi marca. La inteligencia artificial está transformando el mundo digital, y mi finca puede beneficiarse de esta revolución. Los cursos virtuales y las plataformas online me permiten ofrecer mis productos y servicios a un público global, sin limitaciones de espacio o tiempo.

Hace poco comencé a educar a mi comunidad. Compartí información sobre las ventajas del marketing digital y cómo puede beneficiar a las empresas locales. Pude realizar el primer taller para crear contenido educativo en redes sociales. Desarrollar una estrategia integral de marketing digital, definir objetivos, identificar públicos objetivos y seleccionar las herramientas más adecuadas para alcanzarlos. Aunque no es la tendencia en la región, encontré personas interesadas en capacitarse para

De la locución al agroturismo: un viaje de pasión y transformación

el futuro y aprovechar las redes sociales para promocionar y vender la producción. Estoy creando contenidos de alta calidad, gracias a la inteligencia artificial. Esto me permite crear y ofrecer contenido informativo, atractivo y útil que responda a las necesidades e intereses de mi audiencia. Toda esta iniciativa nació mientras talaba terrenos y construía la finca. Cada salida a la ciudad la aprovechaba al máximo para responder exámenes y bajar nuevas lecciones y tareas del Master. Eso me permitía renovar mis conocimientos y estar a la vanguardia de los avances tecnológicos, tema que me apasiona. Mis redes cada vez se fortalecían más.

Paso a paso construí una comunidad online, a través de mi página en Facebook, Revista Cultural Atardecer Llanero, donde a diario Interactúo con 78 mil seguidores, quienes gustosos comentan y comparten mis contenidos y hacen preguntas. No puedo ocultar mi satisfacción cuando edito vídeos y audios en mi finca, y lo subo a las redes sociales. Nunca olvido aquel 25 de abril del 2021, cuando salí a perseguir un sueño incierto, pero con la fe puesta en el Padre de las alturas y en mis capacidades. Consiente que aun resta parte del proyecto para quedar listo en su totalidad, no debo bajar la guardia ni descuidar un solo detalle de la planificación inicial.

Desde que comencé este proyecto, he tenido la certeza de que está destinado a grandes cosas. La pasión que siento por la naturaleza y la cultura del llano me impulsa a trabajar incansablemente para hacer de la finca agroturística un espacio único e inolvidable para los visitantes. Las pruebas que hemos realizado hasta ahora han sido muy positivas.

Estoy seguro de que este es solo el comienzo de una gran aventura. En los próximos meses, la finca agroturística se abrirá al público y estoy ansioso por terminar y compartir este espacio mágico con todos aquellos que buscan una experiencia diferente, llena de naturaleza, cultura y tradición. Sé que este proyecto tiene el potencial de transformar la vida de muchas personas, no solo la mía. La finca agroturística puede ser un motor de desarrollo económico para la región, un espacio para la educación ambiental y un lugar de encuentro para la comunidad.

Se que este sueño se hará realidad, con la ayuda de Dios, mi equipo, la comunidad y todos aquellos que creen en este proyecto, estoy seguro de que la finca agroturística se convertirá en un referente del turismo rural en el llano.

Con sentimiento y aprecio,

De la locución al agroturismo: un viaje de pasión y transformación

Ramón Gutiérrez Ostos

Autor